

dando orden al criado que le acompañaba de que los recibiera y se informase del objeto que llevaban. El criado, llamado Oceloxt, los condujo á la sala cumpliendo las órdenes de su amo, y allí le transmitieron por su medio un recado, diciéndole que eran embajadores del emperador, y que iban á tratar con el príncipe de ciertos negocios de importancia. Pocos momentos despues se presentó Nezahualcoyotl acompañado de un anciano llamado Cematzin, que habia sido uno de sus ayos, y de algunos otros de los señores que habian ido á tomar su defensa; detras de él iba un gran número de criados con ramos de flores y acayetes para obsequiar á los embajadores, segun la costumbre del país. (\*)

Luego que los capitanes vieron al príncipe tan bien acompañado, que no les seria posible con la gente que llevaban consumir el odioso crimen, no pudieron disimular su turbacion, y manifestaron que necesitaban estar solos para desempeñar la mision que se les habia confiado. Nezahualcoyotl contestó sin inmutarse, que siendo la hora de medio dia le parecia conveniente que primero comiesen y descansasen, y despues recibiria el mensaje; que él asistiría á la comida desde su tlahtoicacpalli, que se hallaba á la vista en el salon siguiente, y que despues de comer saldria á enterarse del negocio que llevaban. Era el tlahtoicacpalli la silla real que usaban los monarcas, y que se hallaba en la cabecera de la sala, y á cuyos lados habia muchos asientos para las personas que tenian que tratar con los reyes negocios de Estado. El uso de esta silla demuestra que aunque el príncipe habia sido privado del trono, conservaba algunos de los honores debidos á su rango. Debemos añadir que los emisarios de Maxtla aceptaron aquella proposicion, aguardando que llegase entretanto el resto de la tropa para asegurar el golpe.

(\*) Dábase el nombre de *acayetes* á unos cañutos de carrizo, llenos de una pasta hecha con carbon y yerbas aromáticas, que se encendian por un lado y los daban á los huéspedes para que los tuviesen en las manos gozando de su buen olor.

## XVIII.

Cuál haya sido el objeto que se propuso Nezahualcoyotl al obrar de esta manera, no es fácil definirlo, puesto que sabiendo ya el gravísimo riesgo que le amenazaba, y estando resuelto á apelar á la fuga, no se comprende que prolongase con obsequios aquella situacion que necesariamente tenia que serle fatal, puesto que era dar tiempo á que llegasen las tropas que sus enemigos aguardaban para darle muerte con toda seguridad.

“Yo sospecho, dice Veytia, que aunque manifestó condescender con el dictámen del infante Quauhtlehuanitzin que dejó referido, en su interior no depuso enteramente el suyo de resistir descubierta y declaradamente la tiranía de Maxtla, y nimiamente confiado en sus vasallos de Tezcoco, por la noticia que tuvo de la conmocion que habia habido en el suceso del labrador, que dió motivo á sus parciales y confidentes á declarar la verdad para aquietar el pueblo, se persuadió á que en sabiendo éste el designio del tirano, y viendo en su ciudad á los que iban á ejecutarle, habia de alzar el grito en su defensa, y ponerle en estado de resistir la fuerza con la fuerza, sin recurrir á la fuga.”



Esta explicacion no nos parece del todo aceptable, teniendo en cuenta el carácter prudente y sagaz en extremo de Nezahualcoyotl. Nada puede haber mas incierto que el éxito de una conmocion popular, especialmente cuando hay que combatir á un enemigo que se encuentra en posesion de un poder fuertemente organizado, con las tropas y recursos suficientes para sofocar cualquier acto de rebelion. Verdad es que en aquella época los trabajos del príncipe para levantarse contra el usurpador estaban bastante avanzados; pero no es menos cierto que no habian llegado al punto de madurez conveniente para precipitar los acontecimientos, como lo indica el mero hecho de haber quedado resuelta en el consejo celebrado aquel dia, la fuga del príncipe para ponerse á salvo del golpe que le amenazaba.

Debemos advertir que Tórquemada, al referir este suceso, nada dice de los avisos anteriores que recibió Nezahualcoyotl, el cual, segun esto, habria sido sorprendido con la llegada de los enviados de Maxtla, y la sola sospecha de sus intenciones le hacia obrar de aquella manera. Sea de esto lo que fuere, y admitiendo las circunstancias referidas, que parecen bien fundadas, hay que concluir con Veytia que la conducta del príncipe solo puede atribuirse á las grandes esperanzas que habia concebido de que los tezcocanos, viendo su peligro, se declarasen contra el tirano, y le pusiesen en estado de poderse defender sin huir.

## XIX.

Durante la comida que se servia á los enviados de Maxtla, llegó de Azcapuzalco la tropa destinada á ayudar en la ejecucion del crimen que tanto tiempo habia estado meditando el usurpador. Nezahualcoyotl observó desde su asiento que entraron en la sala muchos capitanes que iban en busca de los que allí se hallaban; al mismo tiempo, un criado de confianza llamado Coyohuatzin, le informó de la llegada de las tropas enemigas y del reparto que de ellas se hacia en los alderredores del palacio y en diversos puntos de la ciudad. El príncipe comprendió la magnitud del peligro y dispuso ponerse en salvo inmediatamente, para lo cual mandó á Coyohuatzin que oscureciese la pieza con el humo de los braseros destinados á quemar, segun costumbre, yerbas y resinas olorosas, y que despues se parase en la puerta que conducia á la sala de los convidados, y fingiendo que sacudia su manta le ocultase por algunos momentos. Entretanto, desviando la silla, salió por un agujero que á prevencion tenia practicado en la pared, cuidando de que volviese á quedar cubierto, y se dirigió á una puerta falsa que existia á espaldas del palacio, en donde se disfrazó con ropa que le tenian



preparada sus criados, dando orden de que separados y por diversos senderos le siguiesen los señores de Cohuatepec y Huexotla, así como varios de sus principales partidarios, al bosque de Tecutzinco, hácia donde se dirigia.

Para ir con mas seguridad tomó las calles menos concurridas; notando, empero, que sus enemigos habian apostado tropas por todas partes, y que podian descubrirle fácilmente, se detuvo en la casa de Tozmantzin, uno de sus parciales de mas confianza, el cual vivia en Coxtlan, arrabal situado á la salida de la ciudad.

Mientras que esto pasaba, los enviados de Azcapuzalco acabaron de comer y aguardaban que se les llamase para tratar del supuesto negocio, sin entrar en sospechas, pues aunque al separarse de la puerta Coyohuatzin dejaron de ver al príncipe, pensaron que estaria en alguna otra parte de la sala. Sin embargo, observando que trascuria mas tiempo del necesario, y que no aparecia ningun criado de la casa, porque casi todos se habian ausentado en seguimiento del príncipe, concibieron temores de que este se les escapase, y resolvieron entrar sin que les llamara, como en efecto lo hicieron, viéndose burlados cuando mas seguros se creian de ejecutar las órdenes inícuas del tirano.

Sin pérdida de tiempo, y calculando que Nezahualcoyotl no podia estar lejos, registraron todas las casas de los que eran conocidos por su adhesion al príncipe, maltratando á los dueños de ellas para que declarasen el paradero de aquel. Deja entenderse que todas estas pesquisas fueron infructuosas; no faltó, sin embargo, quien le denunciase á sus enemigos, quienes se dirigieron en el acto á la casa de Tozmantzin, en donde habrian aprehendido de seguro al fugitivo, si no hubiese sido por la lealtad de aquel, la astucia de su mujer Matlalcihuatzin y la fidelidad de sus criados.

Todos los moradores del arrabal de Coxtlan estaban dedicados á la fabricacion de telas hechas con la fibra del maguey, llamada ixtli; Tozmantzin era el jefe de esta industria, y á su casa se iba á depositar el material necesario para dichas

telas. Cuando Matlalcihuatzin vió llegar á los soldados, introdujo inmediatamente á Nezahualcoyotl á la pieza destinada á guardar el ixtli, cubriéndole con una gran porcion que le echó encima. En vano los crueles tecpanecas golpearon é hirieron á Tozmantzin, á su esposa y á sus leales criados; todos guardaron el secreto, sin que los asesinos pudiesen lograr el hallar á su víctima, que con tanta ansia buscaban.

La gratitud del príncipe hácia sus fieles guardadores no reconoció límites; pero viendo que sin peligro no podia permanecer mas tiempo en aquella casa, se resolvió á seguir su camino hácia el bosque de Tecutzinco, lugar de cita para sus leales partidarios. Aguardábanle, no obstante, nuevos peligros. Al subir una loma observó que una partida de enemigos tomaba el mismo rumbo, y aunque no le habian visto, apresuró el paso y llegó á un punto en donde se hallaba un hombre con su mujer cosechando chian. Manifestóles el riesgo que corria, y en el acto aquellos honrados labradores le hicieron tenderse en tierra, y le ocultaron bajo un monton de yerba. No tardaron en llegar los perseguidores, é informándose de si habian visto pasar á Nezahualcoyotl, la mujer, cuyo nombre era Cozcateotzin, respondió afirmativamente, añadiendo que parecia seguir el camino de Huexotla, y que si querian alcanzarle era preciso que marchasen muy de prisa, porque él iba con una gran velocidad.



## XX.

Poco á poco se fueron reuniendo en el bosque de Tezcuzinco los señores y demas parciales á quienes Nezahualcoyotl habia citado, á fin de adoptar una resolucion en vista del aspecto crítico que habian tomado los negocios. De la conferencia allí celebrada, resultó lo siguiente: Huitzilihuitzin, partidario influente que vivia en Ostoticpac, barrio de Tezcoco, regresó á su residencia con objeto de estar pendiente de todas las operaciones de Maxtla, y ponerlas con toda prontitud en conocimiento del príncipe. Quauhlehuanitzin, hermano de éste, deberia permanecer tambien en Tezcoco para preparar y organizar á los partidarios, ejecutando tan difícil encargo con la mayor reserva. Los señores de Cohuatepec y Huexotla con sus capitanes, así como los de Cohuatlican, volverian á sus ciudades respectivas para hacer iguales preparativos. Xolotecuhtli partiria para Chalco á hablar con Totzintecuhtli, señor de aquel lugar, para que conforme á las promesas hechas reuniese la gente necesaria y se fuese acercando á Cohuatlican contra Quetzalmaquistli, señor de la ciudad, en donde habia un gran número de tecpanecas, por haberla convertido el tirano en caja para la recaudacion de

los tributos; y por último, Tlatoltzin iria á ponerse de acuerdo con Cohuatlitlatzin y Motoliniaztzin, señores de dos grandes poblaciones de Cohuatlican, para que alistasen sus tropas.

Tomadas estas disposiciones, mandó á un criado llamado Mitl, para que en union de otros villanos marchase por delante, preparándole de comer en los sitios que fueran mas á propósito, así como enramadas para dormir, puesto que no podia alojarse en las poblaciones. Otros dos criados, Colicatl y Calmimilocatl, partieron como exploradores del camino que debia seguir el príncipe, quedando Huitziltetzin con el mismo objeto á retaguardia y á cierta distancia. Dicitadas estas medidas, que manifiestan el espíritu cauto y prevenido de Nezahualcoyotl, se puso en marcha.

No tardó en recibir el errante príncipe muestras repetidas é inequívocas del afecto de sus partidarios. Al pasar cerca de Matlaometepec ó Matlallan, salió á su encuentro Teixpanztzin, señor del lugar, haciéndole aceptar su hospedaje y ofreciéndole que estaba pronto á defenderle en caso necesario. De Zacaxochitlan salió Toleca á presentarle una abundante comida, y Quaco, señor otomí de Pinolco, hizo que se alojara en su casa, previniendo todos los obsequios que pudo para que pasase la noche cómoda y agradablemente.

En Pinolco corrió Nezahualcoyotl uno de esos terribles riesgos de que solo por su buena estrella pudo escapar. Sucedió que Quaco, reunida bastante gente armada para lo que ocurriese, y habiendo despachado espías en diversos rumbos para que vigilaran los caminos, hizo que bailasen para que el príncipe se divirtiese, colocandó en medio del patio el gran tambor llamado tlapahuehuetl. Era este un instrumento formado de un tronco de árbol bastante grueso, hueco y cubierto por la parte superior con un parche, que se colocaba verticalmente sobre el suelo, en el que se apoyaba sobre unos pequeños pies labrados en el mismo tronco.

Era ya bien entrada la noche, cuando los espías llegaron á avisar que estaba cerca una tropa tecpaneca, que se diri-



gia á Pinolco. Quaco, sin turbarse, hizo que el príncipe se ocultase inmediatamente debajo del tlapahuehuetl; puso á su gente sobre las armas, y ordenó que siguiese el baile. A poco rato llegaron los tecpanecas, y dando por cierto que allí se encontraba Nezahualcoyotl, preguntaron por él. Quaco, fingiendo no entender la pregunta, y aparentando creer que los que llegaban eran ladrones, empezó á dar voces, excitando á los suyos á que se echasen sobre los supuestos salteadores. Hízose así, cundiendo la alarma en todo el lugar; y saliendo de sus casas los habitantes á tomar la defensa, presto pusieron en fuga á los tecpanecas, en los que causaron grande estrago. Despues de esto Quaco redobló la vigilancia reforzando su tropa y repartiendo exploradores por todos lados, asegurando al príncipe que podia reposar sin temor de ser sorprendido.

El día siguiente, Quaco manifestó á Nezahualcoyotl lo inconveniente que era el que continuase en el lugar, así como que prosiguiese su camino, porque no faltaria algun traidor que en uno ú otro caso le denunciase á sus enemigos, los cuales no dejarían de volver despues del reves que habían sufrido la noche anterior. El medio de salvar la dificultad, era que el príncipe se retirase al monte, en donde le había ya hecho construir una choza suficientemente espaciosa para que pudiera alojarse con los criados de confianza que llevaba. El ilustre fugitivo se rindió á las sólidas razones de su amigo, y se dirigió en su compañía al lugar que le estaba destinado.

En el camino observó Quaco que el príncipe iba triste y meditabundo, y preguntándole la causa, respondió que con lo precipitado de la fuga no había cuidado de proveer á la seguridad de sus mujeres, que quedaron abandonadas en su palacio de Tezcoco, y temía que sus enemigos hubiesen tomado en ellas una cruel venganza. El señor de Pinolco le tranquilizó, ofreciéndose á ir disfrazado para informarse de lo que hubiese sucedido, y llevarle á sus mujeres si estaban vivas. Así lo hizo, en efecto; y hallando que los tecpanecas,

preocupados con la persecucion de Nezahualcoyotl, no se habían acordado de las referidas mujeres, marchó con ellas en cumplimiento de su promesa.

Poco despues de haber vuelto Quaco al lado del príncipe, se le reunieron su hermano Cuauhtlehuanitzin y su sobrino Tzontecohuatl, que de acuerdo con el primero, habían marchado por diferentes rumbos. Nezahualcoyotl sintió un gran placer al verlos, y juzgando pasados los peligros que le habían detenido, resolvió continuar su marcha, acompañado de una comitiva considerablemente aumentada.



## XXI.

Al despedirse del príncipe, manifestóle Quacoz que no le seguía porque le era preciso quedarse en Pinolco preparando su gente para el momento oportuno, pero le dió seis hombres de confianza, de los que le habían estado asistiendo en el monte.

Al llegar cerca de Tlecuilac, un gran número de personas salió á reunírsele. Notando esto Nezahualcoyotl, aunque vivamente agradecido á aquellas demostraciones de afecto, comprendió que podían serle perjudiciales, pues servirían para llamar la atención de sus enemigos y hacer más fácil su persecución; así fué que volviéndose á aquellas gentes les habló en los siguientes términos: "Fieles vasallos y amigos, ¿á dónde vais? ¿A qué padre seguís, que os ampare y defienda? ¿No me veis ir fugitivo y afligido, por montañas y desiertos, siguiendo las veredas de los venados y las sendas de los conejos, para ocultarme á la furia de mis enemigos, y que aun con todo esto no estoy seguro de que no me alcancen y descubran, y me quiten la vida, como la quitaron á mi padre, que era más poderoso que yo? ¿No me veis huérfano y perseguido, sin saber si seré bien recibido de aquellos

cuyo auxilio voy á implorar, ó si por complacer al tirano ó no caer en su desgracia, conspirarán á mi ruina? ¿A dónde, pues, vais? ¿Cuál es vuestro designio, cuando ni yo puedo ampararos, ni vosotros podeis defenderme? Volveos, volveos á vuestras casas, donde habeis dejado desamparadas vuestras familias y haciendas; volveos á cuidar de ellas; que si el Dios Todopoderoso me ayuda para poder recobrar mi imperio, allí me servirá más vuestra fidelidad, que no en venir á morir conmigo en estos desiertos."

La numerosa concurrencia escuchó en silencio aquel elocuente razonamiento, pero en vez de condescender á lo que el príncipe deseaba, manifestóse resuelta á seguirle en su marcha y correr la misma suerte, pues con este objeto habían abandonado sus casas y familias. Nezahualcoyotl se enterneció ante aquel rasgo de adhesión ilimitada, pero persistió en su primera idea, probando lo inconveniente de tal propósito, que solo podía servir para comprometer su causa, mientras que retirándose entonces, estarían mejor preparados para una lucha que no se haría aguardar mucho tiempo. Lo que el príncipe decía era de tal manera claro y evidente, que se resignaron por fin á volverse, quedando con él solo los que fueron considerados necesarios para asistirle. En aquella vez, para mejor persuadir á sus leales partidarios, Quauhlehuanitzin recibió la orden de regresar á Tezcoco, lo que verificó en compañía de otros muchos.

Libre ya Nezahualcoyotl de sus empeñosos amigos, prosiguió su camino, llegando á pernoctar en el pueblo de Tecpan. Allí recibió á unos embajadores que le enviaron los señores de Chollolan, que eran sacerdotes, quienes le ofrecían un asilo en la ciudad mientras que se hacían todos los preparativos necesarios para atacar al tirano; preparativos que por lo demás estaban ya muy adelantados en la ciudad y provincia de Chollolan. Todas estas demostraciones eran otras tantas pruebas de lo favorable que era al príncipe el sentido de las poblaciones; agradeciendo empero el motivo de la embajada, se rehusó á aceptar el ofrecimiento, tanto



por la distancia, como porque deseaba llegar cuanto antes á Tlaxcallan y recorrer otros puntos para recoger los auxilios que tenia prometidos.

El dia siguiente tomó el camino de la sierra de Huilotepec, en donde pasó la noche. Desde allí envió cerca de los señores de Huexutzinco, á Coyohua y Teotzincatl, individuos de su séquito, con objeto de avisarles de su presencia en aquellos puntos, para que le prestasen el socorro que pudiesen. Al otro dia, puesto de nuevo en marcha, observó de lejos un grupo de tropas tecpanecas, que regresaban á Azcapuzalco despues de haber recorrido en su busca las provincias de Tlaxcallan y Huexutzinco. Inmediatamente, tanto el príncipe como sus compañeros, se ocultaron entre unas matas de sauco que estaban á orillas del camino. Al pasar los enemigos cerca de aquel paraje encontraron á un hombre del pueblo, á quien preguntaron por el príncipe, y recibiendo una respuesta negativa, le dijeron que si acaso le veia avisase luego, prometiéndole los grandes premios que Maxtla habia ofrecido al que le entregase. Apenas se habian retirado los tecpanecas, cuando Nezahualcoyotl salió de su escondite, y dirigiéndose al hombre le interrogó sobre si por ganar las prometidas recompensas entregaria al príncipe en caso de hallarle, á lo que contestó el campesino que nada de aquello le servia, pues allí hacian mas aprecio de la fidelidad á su legítimo soberano, que de todas las mercedes del usurpador: palabras sencillas, pero que eran un nuevo indicio de los progresos que habia hecho en todos los pueblos la causa del heredero legítimo del trono chichimeca.

Al pasar por la sierra de los tepehuas, en donde tuvo que pernoctar, todos los habitantes de los contornos se apresuraron á ofrecerle sus buenos oficios, proveyéndole de cuanto necesitaba. En Quiautepec le alcanzaron los emisarios que habian ido á Huexutzinco, llegando en seguida dos enviados de los señores Xayacamachan y Temayuhuatzin, con regalos de varias clases, y la oferta de obedecer sus órdenes en el momento que lo creyese oportuno.

El dia siguiente continuó el príncipe su viaje, y llegó al pueblo de Tlalnepanlco, perteneciente á la provincia de Tlaxcallan. Allí le aguardaba un capitan distinguido, llamado Ixtlotzin, á quien enviaron los señores de Tlaxcallan con el objeto de manifestarle que estaba pronto el auxilio para ayudarle en su empresa, lo cual habian hecho con mucho secreto, porque los tecpanecas, recelosos de que se ocultase en la ciudad, andaban disfrazados buscándole por todas partes. Para burlar estos intentos se hacia necesario que no entrase en la capital, sino que se dejase conducir por el embajador á un campo cercano, en donde le tenian preparadas habitaciones provisionales, formadas de ramas y carrizos, á las cuales no faltaba, sin embargo, nada de lo necesario. Nezahualcoyotl expresó su agradecimiento en sentidas y elocuentes frases, y siguió al embajador al sitio indicado, secundando en todas sus partes el plan de los tlaxcaltecas.